

ORGULLO.—No hay otro vicio más insolente.
No hay otro vicio más odioso.
No hay otro vicio más diabólico.

ORGULLO.—Se opone á nuestra conversión, cuando está oculto en nuestro corazón.

No dá una mala reputación, cuando se descubre en nuestro exterior.

ORGULLO.—Nunca es más injusto, que cuando afecta independencia.

Nunca es más terrible, que cuando inspira crueldad.

Nunca es más insostenible, que cuando pretende que se honra á los pecados como si fueran virtudes.

Véase: SOBERBIA, VANIDAD.

PACIENCIA.

Patientia vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem.

Os es necesaria la paciencia: para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais la promesa.

(HEBR. X, 36.)

El destino general del hombre es padecer, y á nadie le es dado evadirse de esta ley. No hay en la vida humana un día, una hora siquiera, en que podamos decir: yo no padezco. No hay alegría, no hay placer, no hay fiesta alguna en que nuestro corazón quede satisfecho. La paciencia, pues, nos es necesaria; no como otras virtudes que lo son para determinados casos, sino que nos es necesaria en toda ocasión, en todo tiempo, en todo instante. A la manera que nos es necesario el sustento para conservar la vida, lo es también la pa-

ciencia para no desfallecer bajo el peso de los males que la acompañan. Sin el alimento el hombre muere, y sin la paciencia no puede soportar la vida.

Además, si queremos ser conformes á Jesucristo en la gloria, justo es que lo seamos también en la paciencia. Habiendo, pues, padecido nuestro Salvador ¿por qué no hemos de padecer nosotros? ¿Cómo quieren eximirse los soldados de la ley á que se ha sujetado el caudillo? ¿Cómo quieren no padecer los miembros, habiendo padecido la cabeza? El que por naturaleza es inocente, pasó por la tribulación; ¿cómo podríamos dejar de experimentarla los culpables? El discípulo no ha de ser de mejor condición que el maestro, ni el siervo que su señor. Debemos, pues, padeciendo, asociarnos á Jesús paciente, si queremos alcanzar la gloria que él nos tiene preparada.

La virtud de la paciencia podemos considerarla con relación al prójimo y con relación á los diversos sucesos de la vida. Bajo el primer aspecto nos presta fuerzas para tolerar las flaquezas y molestias de nuestros hermanos; y bajo el segundo, nos sostiene para soportar toda clase de trabajos. Esto es lo que voy á demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

1. Tomad á Dios por modelo de vuestra paciencia, dice S. Crisóstomo, y se os hará agradable el trato con toda clase de personas. En efecto; vemos que el Señor, lejos de exterminar á los pecadores, á los impíos, que ultrajan la divina Majestad, los tolera por su misericordia infinita, y prefiere parecer, en alguna manera, impotente, segun expresión de S. Agustín, á que estalle su cólera en el momento mismo que se le ofende. Y sin embargo, ¡qué paciencia tan distinta de la de Dios, lleno de bondad, es la nuestra! Si sufrimos á nuestros hermanos, es porque habemos de menester que ellos se muestren igualmente indulgentes con nosotros, mientras que el Señor, centro y modelo de todas las perfecciones, se basta á sí solo.

Me direis, que es muy duro haber de soportar á hombres viciosos, groseros é ingratos; mas, os responderé con S. Ambrosio: que un gusano de la tierra como vosotros no ha de resistir á la voluntad del soberano Maestro, cuando ordena que os excuseis los unos á los otros, sufráis el humor aún de aquellos que os contradicen, segun estas palabras del Apóstol: *Patientes estote ad omnes.*

Digo, desde luego, que estamos obligados á excusarnos mutuamente. ¡Ah! qué sería la sociedad, si todos los que la componen se echaran en rostro sus defectos? ¿Podemos ignorar que solo somos un horrible conjunto de miserias y pecados; que el más santo es quien

ménos imperfecciones tiene, y que ninguno de nosotros es justificado á los ojos de Aquél que penetra los corazones y los afectos? ¿Quién no sabe, que la concupiscencia es patrimonio de todos los hijos de Adán; que todos nacemos hijos de ira, todos podemos, en cualquier momento, sucumbir á la más terrible tentación; todos, en fin, somos por naturaleza muy débiles, y no tenemos otro patrimonio que lágrimas, pasiones y vicios? ¿Quién no ve que vuestras necesidades, léjos de hacernos humildes, nos hacen turbulentos, y que por nuestro propio interés debemos consolarnos mutuamente, y excusarnos los unos á los otros? *Alter alterius onera portate.*

De esa manera, añade el Apóstol, es como se cumple la ley de Dios: *Et sic adimplebitis legem Christi*; Pero, vosotros ¿obrais de ese modo? Si conocierais los designios del Señor, comprenderiais que no os ha rodeado de multitud de seres semejantes sino para excitaros mutuamente al amor de los bienes invisibles; y que solo para ejercitar vuestra paciencia permite que la sociedad se halle plagada de defectos. Los malos sirven para ejercitar ó poner á prueba la paciencia de los buenos, dice S. Agustín: *omnis malus vivit ut per illum bonus exerceatur*; de donde se infiere, que si fuerais realmente del número de los buenos, sufririais con resignación las perwersidades de los malos, como un medio de adquirir méritos, y una cruz que el Señor os envía.

¿Cuántos se entregan á penitencias extraordinarias, corren en busca de ocasiones para mortificarse, y no saben soportar á sus hermanos, bien que sea ésta la mejor manera de expiar sus faltas y de atraerse la misericordia del Señor! ¡Ah! no lo dudeis: Dios se enternece á la vista de un pecador paciente con los que le rodean, y que excusa los defectos de su prójimo para que el Señor se digne perdonarle los suyos propios. Entónces es cuando este Padre, lleno de infinita bondad, olvida las iniquidades pasadas, para no acordarse sino de su misericordia, y medir los pecadores con la misma medida con que ellos miden á los demás.

Es injusticia que clama al cielo, dice S. Bernardo, no querer soportar las imperfecciones de un pariente ó de un amigo, sabiendo, como sabemos, que en nosotros mismos llevamos los gérmenes de todos los vicios. Por otra parte, quien no ve que lo que nos lastima y ofusca, las más de las veces, es una leve paja que vemos en el ojo ajeno, sin reparar en la viga que está dentro del nuestro? Nosotros nos quejamos del prójimo; y nuestro prójimo ¿no tiene acaso más razón para quejarse de nosotros? Esta vida no es más que un comercio de recriminaciones; y si no hay quien nos hable de nuestras propias

debilidades é imperfecciones, es porque la lisonja ó el amor á la paz cierra los labios, ó porque se teme irritarnos; de suerte que soportando á nuestros hermanos, no hacemos por ellos más que lo que otros hacen por nosotros.

Además; ¿que hombre es aquel cuyos defectos no sabe sufrir? ¿Es acaso un sér aislado, que ninguna relación ni semejanza tiene con vosotros? ¿Es una persona formada de otro barro y animada de otro espíritu? No hermanos míos; aquel de quien debéis sufrir los defectos es vuestro semejante, tiene un alma como la vuestra, un cuerpo como el vuestro; es hijo de Dios lo mismo que vosotros, y como vosotros espera la felicidad eterna; es un compañero que el Señor os ha dado para que os ayude á sobrellevar aquí abajo vuestras penas, necesidades, sinsabores y contratiempos; es una criatura redimida, al igual vuestro, con la sangre de Jesucristo; y ¿os atreveis á quejaros de la existencia de ese vuestro hermano, y á murmurar de sus imperfecciones? Décidme; ¿qué responderiais á Dios, si viniera ahora con la balanza en la mano, á pesar vuestros crímenes y vuestros errores? ¡Ay! quizás mil veces más criminales á los ojos del Señor que aquel á quien no cesais de acusar, seriais vosotros condenados, y él declarado inocente. El Señor detesta á los soberbios; y es el orgullo lo que os impide soportar los defectos de otros, y ponerlos á su mismo nivel; es el orgullo lo que os causa esas impaciencias, que os hacen el azote de cuantos os rodean.

Recogeos con frecuencia en vosotros mismos; examinad escrupulosamente vuestra conciencia, y vereis que, no contra vuestros hermanos, sino contra vosotros mismos debe revolverse vuestra cólera. Con efecto; ¿cuántos años hace que habeis prometido al Señor convertirlos? y ese Dios paciente y bondadoso os ha siempre esperado: si os hubiese tratado cual vosotros tratáis á vuestros iguales, os habria hecho sentir todo el peso de su cólera y de sus venganzas.

No perdamos nunca de vista que hemos nacido para sufrir; habiendo nuestro primer padre esparcido por la tierra el soplo ponzoñoso del pecado, no debemos esperar aquí abajo sino amarguras y males. Léjos pues, de murmurar contra la ingratitud y la injusticia de los hombres, bendigamos al Señor, porque nos otorga ese medio como penitencia para expiar nuestras faltas, y reconciliarnos con Él. No seria nuestra vida la de un cristiano, si en la sociedad solo hallásemos lo que gusta: la Providencia ha sembrado por do quiera penas y sinsabores para que recurramos al cielo, donde no habrá ni vicios ni imperfecciones, y donde todos los justos serán transformados por Jesucristo.

¡Cuán admirable paciencia la de los primeros cristianos con los judíos y paganos, que no cesaban de perseguirlos! Nada fué capaz de hacerles perder la caridad, que es debida al prójimo; y á ejemplo de Jesucristo, nuestro divino Maestro, rogaban por sus verdugos. Sí, hermanos míos; se les vió desgarrados por los garfos de hierro, quemados por las llamas de betún y de pez, con voz espirante, emplear su último aliento para bendecir la mano que los hería. Ellos sabían que solo por la paciencia se puede alcanzar la paz del alma: *In patientia possidebitis animas vestras*; y estimaban en más esta virtud, que todos los tesoros; fijos sus ojos en Jesucristo crucificado, imponían silencio á las murmuraciones que hubieran podido excitarse; oían una voz secreta que no cesaba de repetirles, mirad y haced conforme al modelo que os ha sido dado: *Inspice, et fac secundum exemplar*.

De ahí, esa admiración de los mismos tiranos por los primeros cristianos; de ahí esa paz que reinaba en todos los corazones, y que desterraba de todas las moradas las recriminaciones é injurias; de ahí esa entera sumisión á los decretos de la Providencia, que hacia exclamar á todos y á cada uno: Bendito sea el Señor; esa tranquilidad con que eran conducidos al suplicio como ovejas que van al matadero: *Sicut ovis ad occisionem*. Nosotros ni siquiera recordamos estos ejemplos, por temor que nos llene de confusión la distancia á que nos hallamos de una conducta tan admirable y edificante. Nuestros padres sufrieron sin murmurar las pruebas más terribles; vieron contra sí conjurarse el universo sin palidecer ni asustarse; y nosotros, siempre impacientes, inquietos siempre, no sabemos soportar ni la más leve contrariedad ni la más ligera injuria. Todo nos irrita, nos enciende todo, y quisiéramos que solo á nosotros fuese permitido ser vicious impunemente.

En nuestras ciudades y nuestras casas no resuenan sinó murmuraciones é impreaciones. Se vive con los parientes como si fueran extraños, y con los vecinos como si fuesen enemigos, y parece que no nos reunimos sinó para injuriarnos ó para odiarnos.

En vano Jesucristo nos grita: Aprended de mí, que yo soy dulce y humilde de corazón: *Discite à me quia mitis sum et humilis corde*: la cólera nos domina, y la impaciencia nos arrastra á los más terribles excesos. Solo vemos mónstruos en aquellos que más deberíamos amar, solo porque tienen algunos defectos que nos son insportables. Sin embargo, hermanos míos, nuestro divino Salvador, aún siendo la perfeccion misma, pasó los días de su vida mortal con hombres carnales, groseros, y llenos de imperfecciones; para ense-

ñarnos, que nosotros nunca nos mostraremos bastante afectuosos y pacientes con aquellos que nos rodean, y con quienes hemos de vivir. Si su ejemplo no tiene imitadores, es porque no somos cristianos sinó de nombre: del Evangelio no conocemos más que la letra, y tenemos un corazón pagano en el seno mismo de nuestra santa Religión.

¿De qué nos sirve, hermanos míos, el ser cristianos, si somos impacientes y vengativos? Nuestra Religión es caridad; y si no podemos soportar el humor de los demás, pecamos esencialmente contra las primeras reglas del cristianismo. ¿Qué importa, que este nos disguste, que aquel nos moleste, que el de más allá nos perjudique? La orden está dada, la ley establecida, y por más pretextos que se aleguen, es preciso tener paciencia con todos: *Patientes estote ad omnes*.

Con esa paciencia universal, con esa paciencia á toda prueba nos haremos propicio al Señor, y desaparecerán vuestras inquietudes, cual si jamás hubiesen existido, se borrarán hasta sus huellas y la justicia de Dios se trocará en misericordia. Esto es lo que leemos en cada página de los sagrados Libros, y esto debe alentarnos á no quejarnos nunca de nuestros hermanos, ni irritarlos en manera alguna.

Acabo de explicaros cuan necesaria es la paciencia para sufrir los defectos y humor del prójimo; voy ahora á manifestaros cual debe ser con respecto á los percances ó sucesos de la vida.

2. No hay suceso alguno, que no haya sido preparado desde la eternidad, ó para castigo de los malos, ó para prueba de los buenos. Partamos de este principio, hermanos míos, y nos guardaremos bien de murmurar de lo que nos aflige y molesta. Sabemos por la fe, que el Señor, padre tierno y misericordioso, Dios soberano, é omnipotente, vela por nosotros, y nos haríamos culpables de un delito enorme, si no nos abandonáramos tranquilos á las disposiciones de su providencia. Dios, al crear el mundo, sabia muy bien que habria en él trastornos y desgracias, de las cuales quiere que nos aprovechemos para nuestra santificación. Solo se trata, pues, de sacar provecho de los males que no podemos evitar; ó porque la justicia de Dios nos castiga, ó porque su bondad quiere probarnos; en uno y otro caso, la paciencia nos es indispensable.

Sí, hermanos míos; los sucesos que nos parecen casos fortuitos, esos sucesos que suponemos hijos de la fortuna, y cuya causa atribuimos á las pasiones de los humanos, vienen de la mano de Dios mismo, que nos castiga en calidad de pecadores. Este mundo no es más que una vasta prision llena de criminales, que esperan de un momento á otro la sentencia de su suplicio, y que han merecido por

sus perversidades los males de que se quejan; y qué derecho tiene un hombre convicto de sus crímenes y condenado á muerte, para murmurar de la pena á que se ha hecho acreedor? ¿Cómo se atreve á levantarse contra la autoridad que castiga, el que ha ofendido gravemente á esa misma autoridad? Tal es nuestra posición: no vemos en derredor nuestro más que desgracias debidas á nuestros desórdenes; y si la tempestad cruje, si el fuego destruye nuestras moradas, si las enfermedades diezman nuestras ciudades, es á causa de nuestros pecados, ó cuando ménos del pecado original. No hay castigos en el decurso de esta desgraciada vida, que no hayamos merecido; de suerte, que no nos queda otro recurso, cuando los males vienen á estrecharnos, que bajar la cabeza y adorar la mano que nos hiere.

Los males y la muerte no entraron en el mundo sinó por el pecado; y ha sido necesario que todas las criaturas llevasen la pena de la rebelion del primer padre, y que Dios nos enseñara con las desgracias, lo mismo que con los beneficios, que se castiga, y se recompensa. Ya sé que las desgracias inseparables de esta vida renacen por todas partes; que si se evita un lazo, es para caer en otro; pero tambien sé, que á cualquier parte que se mire, se perciben las huellas del pecado. Dios no ve aquí abajo más que provaricadores; por eso las estaciones nos parecen con frecuencia ingratas; el cielo vierte sobre nosotros á menudo sus malignas influencias; la tierra se niega algunas veces á sustentarnos; los incendios, las inundaciones, las epidemias se suceden para desolarnos; los insectos nos atormentan, los calores nos abrasan, los trabajos nos postran, y nos hallamos en manos del dolor, segun la expresion de S. Agustin, como la suave cera entre los dedos del obrero.

¿Qué significan pues nuestras murmuraciones y nuestras quejas, cuando nos atrevemos á alzar la voz contra los males que nos aquejan? Nuestras exclamaciones, no lo dudéis, son como una blasfemia, y un nuevo acto de rebelion contra Dios que nos castiga. ¿Preferiríamos acaso á que aguardara á castigarnos en el momento que los tiempos acabarán, y que comenzará la eternidad, esto es, cuando ya no habrá más esperanza de que acaben los males?

¿Qué injustos y desrazonables somos, exclama S. Bernardo, cuando no soportamos con resignacion las calamidades que el Señor nos envia! ¿No es pecar esencialmente contra la equidad, pretender no sufrir, cuando se merecen los sufrimientos? ¿No es ofender á la razon, no querer padecer un momento para no sufrir por una eternidad? Sin embargo, esa es nuestra conducta: nos entregamos á impacencias y á murmuraciones desde el instante que nos ataca el mal más insig-

nificante, y nos quejamos cual si tuviéramos derecho á no esperar del cielo sino dulzuras y beneficios.

Hijos desgraciados de Eva; ¡ignoramos, acaso, que vivimos en una tierra cubierta de abrojos y espinas; que hemos de comer el pan con el sudor de nuestra frente, y que si tenemos ojos no es sinó para llorar? ¡Ignoramos que despues del pecado de Adán, las criaturas todas, hasta el insecto mismo, están armadas contra nosotros, y que solo merecemos por parte del cielo castigos y trabajos? Por esto todos los Santos no cesaron de humillarse bajo el peso de las tribulaciones que sintieron, y se consideraron acá en la tierra como pecadores indignos de recibir gracias y beneficios. Sabian que el hombre, culpable como es, debe admirarse mucho ménos de no sufrir, que de sufrir, y que nuestra herencia aquí abajo es el silencio y la sumision.

Convencidos de que una eternidad feliz no se compra sinó á caro precio, recibieron con trasportes de júbilo los males que vinieron á atormentarles y humillarles: nada temieron tanto como las prosperidades temporales, por no verse confundidos con los pecadores, y participar un día de su misma suerte. ¿Qué no habrían dicho, pues, de nuestras murmuraciones é impacencias? ¿Con qué muestras de indignacion no habrían mirado este descontento de que damos prueba siempre que sufrimos? Lo hubieran mirado, no lo dudemos, como una rebelion contra Dios mismo, como un manifiesto desprecio de sus bondades.

Hemos de saber, dice el Crisóstomo, que el cristiano es un oro que nunca será bastante purificado; y que mientras viva, necesita el fuego de las tribulaciones para darle ese grado de perfeccion y de belleza que se exige en la Jerusalem celestial. Nosotros somos piedras que debemos formar parte del edificio que Dios construye en el cielo; y es preciso que el martillo de la penitencia las quite la rudeza y dé pulimento; por manera, que nos dispensa el Señor un gran beneficio cuando se digna con las tribulaciones pulimentarnos y perfeccionarnos.

Nada es todo lo que uno sufre por ganar el cielo. La esperanza de una recompensa magnífica, sublime y muy próxima, puesto que la vida no es más que un sueño, consuela y fortifica: pero es indispensable que la fe, fe viva y eficaz, nos eleve por cima de todas las cosas corporales, por cima de nosotros mismos y nos haga amar al cielo como nuestra patria, que no debemos nunca perder de vista. ¿Qué son todos los males de este mundo comparados con la gloria que Dios reserva á sus Santos? Un pequeño grano de arena que fatiga por algunos instantes al viajero; una sed que atormenta por algunos minu-

tos; una leve picadura que nos causa ligero daño; una incomodidad pasajera que no dura más que un momento. Si, hermanos míos; hé ahí á que se reducen todas nuestras aflicciones. Si nuestra imaginación, si nuestra molición no las mirara como otros tantos mónstruos, comprenderíamos con el gran Apóstol, que un instante de tribulación, nos produce el eterno peso de una incomparable gloria: *Momentaneum et leve tribulationis opus, eternum gloriae pondus operatur*; y confesaríamos que no hay proporción alguna entre lo que sufrimos aquí abajo, y lo que esperamos en el cielo.

¿Es posible, Dios mío, exclama S. Agustín, que tú te dignes darte enteramente á nosotros, en cambio de los ligerísimos males que podemos experimentar en esta vida? ¿Y podrán, Señor, la pérdida de algunos puñados de tierra y de algunas miserables monedas, la privación de algunos alimentos y la amargura de algunas palabras, hacernos llegar hasta tí? ¿Oh exceso de misericordia y de bondad! ¿Qué mi lengua enmudezca ántes que preferir ninguna queja ni murmuración!

Que la paciencia, ¡oh, Dios mío! para soportar los males de que os servís para castigarnos, ó para perfeccionarnos, sea en adelante y para siempre nuestra predilecta virtud. Abracemos la paciencia con todo júbilo, como único remedio á nuestros males, como único medio de hacernoslos provechosos.

Si algo ha de inquietarnos ¡oh, Dios mío! sea la prolongación de nuestro destierro; porque, ¡ah! ¿cómo poder vivir aquí abajo, en medio de los escándalos, de los engaños y de los fraudes, que inundan el universo? Venid, Señor, venid presto á enjugar las lágrimas de los que os esperan, y á recompensar la santa impaciencia de esas almas que desean poseeros en la bienaventurada eternidad. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

PACIENCIA.—Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia forzada.

Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia orgullosa.
Es menester que nuestra paciencia no sea una paciencia ciega.

PACIENCIA.—Nuestra paciencia debe de ser una paciencia útil.
Nuestra paciencia debe de ser una paciencia ejemplar.
Nuestra paciencia debe de ser una paciencia invencible.

PACIENCIA.—La paciencia de Dios que nos sufre incesantemente, es el mayor motivo de nuestra paciencia.

El perdón que otorgamos cuando pudiéramos vengarnos, es la mayor prueba de nuestra paciencia.

El gozo que experimentamos en sufrir por Jesucristo, es la perfección de nuestra paciencia.

PACIENCIA.—La paciencia de los cobardes no hace más que adularlos políticos.

La paciencia de los hipócritas no hace más que imitadores del demonio.

La paciencia de los cristianos aumenta el número de los mártires de Jesucristo.

PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.—Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea fingida ni que sea por poco tiempo.

Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea cruel ni que nos abandonemos á los deseos de aquellos á quienes perdonamos.

Cuando perdonamos, es necesario que nuestra paciencia no sea interesada, ni que hagamos comprar el perdón á aquellos á quienes perdonamos.

PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.—Cuando se trata de perdonar á los que han querido castigar nuestros crímenes, es preciso que nuestra paciencia sea humilde.

Cuando se trata de perdonar á los que nos han perseguido sin razón, es preciso que nuestra paciencia sea generosa.

PACIENCIA DE LOS CRISTIANOS CUANDO PERDONAN.—Cuando perdonamos á nuestros amos, les movemos con nuestra paciencia.

Cuando perdonamos á nuestros servidores, les humillamos con nuestra paciencia.

Cuando perdonamos á nuestros iguales, les enseñamos con nuestra paciencia.

PACIENCIA DE LAS PERSONAS HONRADAS, CUANDO NO SON ESCUCHADOS LOS CONSEJOS QUE ESTÁN OBLIGADOS Á DAR.

Aguardan las ocasiones oportunas gimiendo delante de Dios.
Ofrecen á Jesucristo con humildad á aquellos que no quieren escucharlos.

PACIENCIA DE DIOS

EN TOLERAR AL PECADOR.

El patrem nolite vocare vobis super terram: unus est enim pater vester qui in caelis est.

Y á nadie llameis padre vuestro sobre la tierra, porque uno es vuestro padre, que está en los cielos.

(MATEO. XXIII, 9.)

Entre los varios, tan dulces y amorosos motivos porque quiso prohibir el bendito Jesús se diese el nombre de padre á nadie aquí en la tierra, en comparacion del óptimo y divino Padre que tenemos en el cielo, uno y principalísimo pudo ser, á la verdad, la grande é incomparable tolerancia con que sufre por tanto tiempo á hijos desobedientes y rebeldes. En efecto ¡dónde se encontraría otro padre tan sufrido, que disgustado repetidas veces por las muchas y graves ofensas de su hijo, no se cansase al fin de soportarlas, y aún no lo destierre, indignado, léjos de su vista? David, aquel hombre por otra parte tan manso y padre tan tierno, como todos saben, de su hijo Absalon, habiendo éste cometido el grave exceso de matar cruelmente á su hermano Amon, no pudo ménos de desterrarle con un severo edicto de su corte y de su reino; y aunque despues de muchos años le llamó á la corte, no quiso llamarle tan pronto á su presencia. Mas nuestro buen Dios ¡oh, cuántos gravísimos excesos y por cuánto tiempo nos tolera pacientemente! ¡Oh, qué singular y admirable es su paciencia! Ninguna semejante se encuentra en la tierra; y de aquí es, amados fieles, que dice él mismo en su Evangelio: A nadie llameis padre vuestro sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Tanta es, carísimos hermanos, la paciencia de nuestro Dios, que segun la justa observacion de Tertuliano, desea sobremanera mostrarse bueno y paciente con los hombres, no solo por cierta inclinacion natural, sino también por cierta especie de emulacion: *Oh Deum non bonitate solum, sed emulatione beneficum!* Sin embargo, no quisiera, pecadores, que os fiaséis tanto de la

paciencia de Dios, que no le temieseis; pues yo recelo mucho que él haya hecho y haga con vosotros lo que acostumbra hacer un flechero, cuando está para disparar la flecha. ¡Lo habeis observado? Tira él hácia atrás de la cuerda, como si quisiese alejarla de aquella misma flecha que quiere despedir; y tanto más tira de ella hácia atrás, cuanto más veloz y rápidamente quiere despedirla. A este modo Dios, usando de su tolerancia, suspende muchas veces sobre la cabeza de los pecadores el merecido azote y lo retira: mas para descargarlo despues con mayor fuerza, y con tanta más presteza cuanto más léjos parece que lo retira de ellos. Así que, para hablaros hoy con fruto de su infinita paciencia y tolerancia, hé aquí la dulce y juntamente y terrible verdad que deduzco y que formará todo el plan de mi discurso. La paciencia de Dios en soportar á los pecadores debe ser para nosotros, mis amados fieles, un objeto de admiracion, y al mismo tiempo de terror; objeto de admiracion, porque los ha tolerado tanto tiempo, aún siendo tan pertinaces é insolentes; de lo cual hablaré en la primera parte: objeto además de terror, porque cuanto más los ha tolerado hasta ahora, tanta más razon hay de temer que no quiera tolerarlos en adelante; de lo cual hablaré en la segunda. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Son los pecadores aquellos desgraciadísimos vasos de ira mencionados en muchos lugares de la Escritura, que solo parecen aptos para la destruccion y la muerte: *Vasa irae, apta in interitum* (Rom. ix, 22); y no obstante, éstos, añade divinamente el Apóstol, son aquellos mismos que nuestro pacientísimo Dios procura tolerar con mucha paciencia: *Sustinuit in multa patientia vasa irae* (Rom. ix, 22). Si, con muchas; pues, aunque no les hubiese tolerado más que un agravio de tantos como les tolera á cada hora con tan inviolable silencio, con tan profundo disimulo, con tan imperturbable tranquilidad; nos causaria el mayor asombro su tolerancia, si pudiéramos conocer, ó la infinita é incomprendible dignidad y excelencia del ofendido, ó la vilísima condicion del ofensor, ó el tan vano y miserable motivo que estimula muchas veces á la ofensa. En efecto; un hombre que la tolerase con tanta tranquilidad, ¿no es cierto que cuánto más célebre y esclarecido fuese por su gran poder, por sus singulares y distinguidos méritos, por lo ilustre y antiguo de su sangre, tanto más digno de admiracion seria para todos? Y sin embargo, además de no poderse hacer comparacion entre injuria é injuria, entre la injuria, digo, hecha á un hombre por otro hombre, y la injuria hecha por el hombre á Dios; ¿cuántos motivos concurren no pocas veces en

el hombre ofendido, que quitan ó por lo ménos disminuyen mucho el mérito y el valor de su sufrimiento? Tal vez una natural indolencia y estupidez que hace ménos sensible y doloroso el ultraje; tal vez el temor de algun personaje autorizado, que podría fácilmente quitar ó acibarar sobre manera el placer de la venganza; tal vez la imposibilidad de tomarla, y otros semejantes motivos son los que, por lo comun, estimulan y obligan á disimular los agravios. Por lo cual no precisamente por la tolerancia es recomendable el hombre tolerante, sino por la causa de su tolerancia. Mas, por el contrario, en la paciencia con que Dios tolera vuestras ofensas, pecadores, no podeis señalar otro motivo que su inmensa caridad, que la inclinacion amable de su dulcísimo corazón. Por lo demás, siente vivamente las injurias, penetra el fondo de ellas; y si se venga, ¿á quién tiene que temer? Y ¿cuán grande no es su poder para vengarse? Su paciencia es pues únicamente la que le estimula á tolerar.

¡Desdichados de los hombres, si otras manos fuera de las de Dios tuvieran tanto poder para vengarse! En algun tiempo, lo tuvieron los Santos, y agitados de un fogosísimo celo, no lo emplearon por ventura en exterminar los impíos? Lo tuvo un Elías, y santamente indignado de que los israelitas se valiesen de la paciencia de Dios como de un escudo para herirle impunemente, solicita de este amorosísimo Señor que los castigue. Lo tuvo el profeta Jonás, y quiso valerse inmediatamente de él para arruinar á Ninive pecadora; y habiendo visto el cielo sereno sobre ella, se llenó de una dolorosa é inconsolable tristeza. Solo Dios, Dios solo con su excesiva paciencia puede sufrir á los pecadores y tratarlos con benignidad.

Digo, Dios solo, porque desde aquel primer momento en que con vuestro pecado os rebelasteis contra él, por aquel natural instinto que tiene cada criatura de vengar los ultrajes de su Criador, todas se rebelaron contra vosotros. Muera, decia el sol, muera, decian las estrellas, muera, decian el agua, el aire y el fuego; muera el traidor, muera. Yo daré el golpe, mientras duerme descuidado, añadirá la fiera muerte, y con un revés de mi guadaña le sepultaré en cuerpo y en alma en el infierno. Eso me toca á mí, le contradecía el demonio: dadme la orden. Señor, y en ménos tiempo del que me la dais, le precipitaré en los abismos. Pero sobre todos, yo le coseré con la tierra, replica con su fulminante espada en la mano la divina justicia: yo pasaré al malvado de parte á parte y le sacrificaré á los pies de mi despreciado trono. Pero Dios respondia á cada uno, no llegueis á él, no le mateis. Entretanto vosotros, dedicados únicamente á divertiros, á daros buena vida, á reir y á pecar, ningun cuidado teneis de

vosotros mismos, y en nada pensabais ménos que en lo que pudieren maquinár en contra vuestra tantos y tan poderosos enemigos, despreciando con gran osadía la indignacion de otros y la de Dios. ¿Y Dios? No por esto irritado, disimuló y os toleró. Sin embargo, vosotros, obstinados más y más en la impia guerra intimada con tanto peligro vuestro al Omnipotente, no solo desechasteis toda proposicion de paz, sino que ni aún quisisteis oír hablar de tregua. A la costumbre de pecar añadisteis la desenvoltura, á la desenvoltura la osadía, á la osadía la vanagloria y creciendo cada dia más el número de vuestros pecados, con grandes y confusos gritos pedian venganza y ensordecian el cielo. En una palabra, todo encima de vosotros, al rededor de vosotros y debajo de vosotros, bramaba contra vosotros. ¿Y Dios? Inmóvil en su paciencia, repitiendo todavía á cada uno: no, nadie le haga mal; se declaró él mismo contra todos, y defendió á este odiosísimo objeto de sus ojos y de su divino corazón. ¡Ah, Inen Dios! ¡oh, Dios, verdaderamente sufrido y sumamente misericordioso, como os llama el profeta! *Patiens et multum misericors* (SALM. CLXIV, 8). ¿Quién no diría, oyentes, que no se da por ofendido de tantos ultrajes? ¿Quién no diría por lo ménos, que no siente su gravedad, si no supiésemos, por otra parte, que se lamenta de ser muy excesiva?

Así es, hermanos míos, pues declara por Isaias, que le ha costado gran fatiga que permanezca mucho tiempo el pecador con la carga enorme de sus iniquidades: *Præbuiti mihi laborem in iniquitatibus tuis* (ISAI. LXII, 24); y añade por Jeremias, que se ha cansado de soportarlas: *Laboravi sustinens* (JEREM. VI, 14). Mas ¿quién es, Señor, tan indiscreto, que os hace gemir con tan terrible peso? Esta misma pregunta previó él justamente que haria algun dia su pueblo al mencionado profeta: pero, instruyéndole de cuanto debia responder, le dijo: escucha, Jeremias; si mi pueblo te rodea y te pregunta, cuál es la carga del Señor: *Quod est onus Domini* (JEREM. XXIII, 35)? responde con franqueza: la carga del Señor sois vosotros. Respuesta que ¿á cuántos y á cuántas pudiera hacerse, aún de aquellos y de aquellas que por ventura me escuchan! Y efectivamente; ¡qué nombre más propio merece, por ejemplo, aquel deshonestísimo jóven, cuya vida, desde por la mañana hasta la noche, puede decirse que es un continuo y horribilísimo tejido de iniquidades? Parece que no tiene más ocupacion que la de pasar de una culpa á otra, de una á otra más inmunda deshonestidad. Es carga del Señor aquella mujercilla, que va cargada de tantos pecados como galas la adornan, como bailes y diversiones fomenta, como sonrisas distribuye y como miradas dispensa. Es carga del Señor asimismo aquel, que, olvidado mucho tiempo bá de su

alma, de su salvacion y de Dios, no se acuerda más de Pascua, en la cual, si recibe los sacramentos, es solo para aumentar sus culpas con sacrilegios. Y ¿quién sabe si en el fatal catálogo de estas gentes pecadoras que, habiendo llegado á ser una carga intolerable para el Señor, debían sufrir el peso de su ira, habrá de ponerse el nombre de algunos que me escuchan? Sin embargo, Dios las ha traído en palmas, por decirlo así, no de otra manera que una amante y tierna madre lleva gustosa en su seno el peso de aquel hijuelo, que en su vientre va ocultamente creciendo.

Pero, ¡oh, Dios mio! pasados algunos meses se liberta la madre de su carga, y lo que era un dulce peso en su seno, pasa á ser el amado objeto de sus afectuosos abrazos y besos; mas vosotros, no solamente por meses sino por años y años, sois una carga pesada, fatigosisima é intolerable. Ahora pues, mis amados oyentes, fijad en vosotros mismos la consideracion, y mirad la incansable y amorosa paciencia del gran Dios con vosotros mismos. ¿Cuánto tiempo há, decidme, que el os sufre y espera? La mitad acaso de vuestra vida, y quizá más, se os ha pasado como bien sabeis. Ello es cierto que haciendo ahora el cómputo entre pecados internos y externos, de comision y omision vuestra y ajena, puede verosimilmente alguno de vosotros, ó más de alguno, contar al presente más pecados que años, más pecados que meses, más pecados que dias y más pecados por ventura que horas ha vivido.

En esta suposicion ¿no tendré yo el más justo motivo para hacer, en órden á vosotros, las mismas admiraciones que hacia el Crisóstomo por la dilatada paciencia con que esperó Dios el arrepentimiento de aquel pueblo prevaricador, que pensaba sumergir en las aguas del diluvio universal? Aguardaba, escribia el gran padre, aguardaba la paciencia de Dios á que se fabricase el arca. Pero ¿qué necesidad tenia Dios de esperar? ¿No habia llegado el mundo á ser todo carne? ¿No dirigian los hombres todos sus pensamientos á la culpa y al pecado? Sus pecados ¿no eran gravísimos? ¿no eran innumerables? Si; y además de esto, el mismo Dios, en el colmo de su ira, habia jurado su ruina y su destruccion. Mas con todo ¿lo creereis? parece que aún no podia resolverse, y quiso tomarse tiempo, tanto por lo ménos como se tardase en fabricar el arca. Pues bien, ya que así ha de ser, aprestése siquiera el trabajo. Tómense millares de hachas y échense por tierra en las selvas encinas y abetos; recójase por todas partes betun y pez en abundancia, y empléense muchos centenares de artifices y operarios en la obra. Mas nó, no tanta prisa: tú solo, Noé, tú solo, ayudado á lo más de tu familia, la has de fabricar enteramente con tus propios manos,

y cuidado que la quiero de trescientos codos de largo, de cincuenta de ancho y treinta de alto, y alisada y acepillada por todas partes, embetunada con esmero por dentro y por fuera, y distribuida primorosamente en varias piezas ó repartimientos. Pero, Señor, ¿Noé solo ha de hacer tan grande y difícil obra? Esto es cosa que no se ha ocurrido jamás; y sinó, mirad como despues de diez, de veinte y más años que el buen viejo está sudando y fatigándose en ella, apénas la ha trazado y delineado.—No importa: espérese.—Pero, Señor, la insolencia y el orgullo van entre tanto creciendo sobre manera, hasta burlarse de vos y de vuestras amenazas.—No importa; aún está por concluir el arca; y ¿quién sabe, si estos últimos golpes del martillo de Noé, con que remacha los clavos, ablandarán por fin esos endurecidos corazones? espérese. Pero, Señor, decid siquiera, por qué pensais tanto en destruir una obra que solo os costó un soplo el crearla.—¡Ah! eso no lo preguntéis; porque es obra suya, porque la ha criado, porque la quiere y la ama. ¡Oh gran paciencia de Dios! ¿Os habeis hecho cargo, amadísimos pecadores, os habeis hecho cargo? Há muchos años que está Dios esperando que dejéis esas perversas costumbres, que os apartéis de esos malos compañeros, que abandoneis esas ilícitas amistades, y, en una palabra, que os postreis humillados á sus piés y mudeis de vida; y no habiendo obtenido nada hasta el presente, espera, espera todavía. ¿Y con qué fin? ¿No sabeis qué con el único fin de conducirnos á un saldable arrepentimiento? Pero vosotros, despreciando obstinados y protervos las riquezas de su bondad y paciencia: *Divitias bonitatis ejus et patientie* (Rom. ii, 5), no quereis usar de ellas en beneficio vuestro, y entre tanto ¿quién sabe, si los últimos golpes de misericordia con que Dios procura enternecer vuestro corazón, son estas débiles voces mías con que Dios os llama á penitencia? Vosotros pues, por causa de vuestra dureza y de vuestro corazón impenitente, vais juntando contra vosotros mismos tesoros de ira, la cual llegará algun dia á oprimiros, sin que os sirva para libertaros de ella la misma paciencia divina de que habeis abusado; pues cuanto más os ha soportado hasta ahora, tanto más debéis temer con razon, malvados, que no quiera suportaros en lo sucesivo, como lo veremos.

2. Por grande é infinita que sea en sí misma la paciencia de Dios, hé aquí, sin embargo, estas dos grandes verdades; de que no tolera á todos, ni tolera siempre. No tolera á todos; y así, á los ángeles prevaricadores no les esperó ningun tiempo y los precipitó en los abismos, cuya suerte tuvieron asimismo cuantos despues de ellos fueron castigados inmediatamente despues de la culpa. No tolera siempre; pues

aunque sea grande é infinita en sí misma la paciencia divina, tiene en difundirse sus límites, y tiene su determinada medida. Medida tiene de las gracias que quiere dispensar, tantas, y no más; medida de los días que quiere dejar vivir, tantos, y no más. Esta medida no conocieron los Amorreos, y fueron destinados á ser víctima del hierro del enemigo; esta medida no conocieron los Sodomitas, y fueron entregados al fuego devorador: esta medida no conoció el mundo en tiempo de Noé, y sin embargo de haberlo esperado Dios con tanta paciencia, lo entregó por fin á las aguas desoladoras: esta medida, mis amados pecadores, es también para vosotros una medida determinada, que ni tampoco sabeis cual sea, y por tanto debeis considerar, que cuantos más pecados nuevos vais añadiendo á los cometidos, tanto más vais cumpliendo vuestra medida; que cuantos más días seguís viviendo, así tanto más os acercáis á aquel último, perentorio y fatal día llamado en la Escritura con el horrible nombre de día de la última iniquidad: *Dies... iniquitatis profinito* (Ezeq. xxi, 25 et 29). Es verdad que algunas veces tarda en llegar tal día, y que entre tanto Dios calla y disimula; pero esto no es de extrañar; y ¿sabeis por qué? Porque Dios es eterno. Por lo mismo suele dejar pasar muchos días, sin darse prisa á empuñar el azote. Sabe que ni vosotros podeis escaparos de su mano, ni puede faltarle tiempo para vengarse. Por lo demás, aunque tarde algunas veces, siempre recompensa fielmente con merecidos castigos la culpa. ¿Cómo pues por la experiencia de lo pasado osais pronosticar lo futuro? Pequé ayer, y Dios me ha perdonado; peco hoy, y Dios me perdona; y así puedo pecar mañana, porque mañana también me perdonará. Pero no, católicos, no discurreis así. Ayer os perdonó, y acaso hoy no os perdonará; os perdona hoy, y acaso no os perdonará mañana, porque tiene su paciencia cierta medida.

En fin ¿ha de ser esta la bella recompensa que habeis de dar á la piedad divina? Porque disimula, porque sufre, porque tolera, ¿habeis de ofenderla y despreciarla con mayor arrogancia? Y vos, amado bien mio, ¿no habeis de sacar más fruto de mostraros tan piadoso y sensible con los pecadores, que el de alimentar y mantener contra vos en el mundo una multitud de enemigos, cada vez más implacables y más fieros? Ea, pues, mejor será que os desquiteis, y que desprendiendo de este leño vuestras amorosísimas manos, las armeis con rayos para defender vuestro ultrajado honor y vuestra vilipendiada bondad. De todos modos nada sirve, como veis, que permanezcais en esta cruz en una actitud tan lastimosa. Nadie quiere por esto correr á vuestro seno, ni arrojarse arrepentido á vuestros brazos. ¿Qué de-

éis, pecadores? ¿Habrás este buen Dios de mudar de estilo? ¿habrá de cansarse de aguantar vuestros agravios? ¿habrá de hacer uso de su poder? Bien sé que no lo quereis, y así abrid por último los ojos, y considerad que si todavía espera, espera por usar de misericordia con vosotros: *Expectat... ut miseratur* (Isa. xxx, 18); que si disimula, disimula por amor de la penitencia: *Dissimulat... propter poenitentiam* (Sap. xi, 24); y en fin, que si es sufrido con los pecadores, lo es mientras se convierten. ¿Qué haceis pues, mis amados pecadores? ¿en qué os deteneis? Convertíos, pues; llorad vuestros pecados, para merecer que os sean perdonados, para merecer la gracia, y obtener despues la gloria, que os deseo á todos.

Véase: MISERICORDIA DE DIOS.

PADRES.

(SUS DEBERES.)

I.

Patres... educate filios vestros in disciplinis et correptione Domini.
Padres, criad á vuestros hijos en disciplina y correccion del Señor.

(ESES. VI, 4.)

Si alguno de mis oyentes me preguntara, en qué consiste la general depravacion de las costumbres, cuál es la causa de empeorarse más cada día el universo, de hervir los pueblos en maldades, de vivir los hombres amantes de lo temporal y olvidados de lo eterno; estar desconocidas las virtudes, seguidos y aplaudidos los pecados por innumerables almas, que, olvidadas de la divina ley, viven en habitual inobservancia de sus preceptos; si alguno, vuelvo á decir, me preguntase en qué consiste tanto libertinaje en los hombres, tanta inmodestia en las mujeres, tanta malicia en los jóvenes, tanta pereza en

los ancianos, y en una palabra, tanta y tan visible decaencia en el espíritu del cristianismo: ingénuo y seguramente respondería, que todo este inmenso cúmulo de males procedía del descuido, omisión y negligencia de los padres en la educación de sus hijos; en la mala crianza que les dan, consitiéndoles cuanto malo hacen, por el desordenado amor que les tienen, no instruyéndolos en las obligaciones de cristianos y ciudadanos, pervirtiéndolos con su mal ejemplo; y, finalmente, no corrigiéndolos oportuna y prudentemente cuando lo merecen.

Pues, padres de familia, oid, no á mí, sino al grande apóstol san Pablo, que os dice: *Patres... educate filios vestros in disciplina et correptione Domini*. Educad á vuestros hijos, os dice el Santo, en disciplina y correccion del Señor, para que no os hagais reos de sus pecados, y seais responsables de sus almas en el tribunal de Dios, como infaliblemente lo seréis, si por vuestro descuido, omisión ó negligencia no lo ejecutareis así. Para que esto no suceda, reflexionad que la buena educación de los hijos es un asunto gravísimo que tiene las más grandes consecuencias, y pide toda la atención y desvelo de sus padres; reflexionad que en todas las naciones cultas se ha mirado con una atención particular, porque descuidar en esto es lo mismo que minar los cimientos de la felicidad de las familias, de las casas, de las provincias y de los reinos; reflexionad finalmente, que vamos á tratar una materia de suma importancia, en que se interesa nada ménos que la reforma general de las costumbres. Para contribuir á ella por vuestra parte, debéis amar á vuestros hijos, debéis enseñar á vuestros hijos, dar buen ejemplo y corregir prudentemente á vuestros hijos. Escuchad estas cuatro obligaciones, practicad cuanto os diga sobre ellas, y seréis felices vosotros y vuestros hijos. A. M.

1. La primera obligacion de los padres para con sus hijos es amarlos. Tan clara y patente á los ojos de todos aparece esta obligacion, que por supérfluo tendríais el que yo me pusiese de propósito á demostrarla: la naturaleza, la razon y la divina ley nos la vocean. El ser los hijos de la misma especie que sus padres, de su misma sangre y pedazos de sus entrañas, los compele á amarlos: el ejemplo de todas las aves, de todos los animales domésticos, y aún de las mismas fieras, nos presenta grandes lecciones de esta verdad. Y ¿qué cosa más justa que el que los racionales obren por la razon, así como las bestias obran por instinto?

De dos modos, entre sí opuestos, pueden faltar los padres y madres al amor que deben á sus hijos; el uno por exceso, y el otro por de-

fecto: por no amarlos con un amor sobrenatural, por Dios, segun Dios y para Dios, faltan unos; y por amarlos immoderadamente, permitiéndoles por el excesivo cariño lo que no deben, faltan otros. Por lo primero pecan gravemente aquellas madres que quitan al hijo la vida en naciendo, por ocultar su maldad. ¡Ay, cuántas almas están en el limbo privadas de ver á Dios para siempre, que eternamente se quejarán de la fiereza horrible de sus madres, que con la vida del cuerpo les quitaron también la del alma, por no haberlas siquiera bautizado! Pecan también mortalmente los padres y madres que, sin urgente necesidad, envian sus criaturas á las casas ú hospitales de niños expósitos, sin tomar las debidas precauciones para que no peligren en el camino, y sin satisfacer á las casas ú hospitales los gastos de su crianza. Faltan gravemente á este amor las madres que, pudiendo sin muy grave incomodidad, no crian por sí mismas á sus hijos. Estas obran contra la misma naturaleza, que pródiga y perfecta en sus obras, provee á las madres de cándido, sustancial y sabroso alimento para criar á sus hijos; son causa de muchos males físicos y morales en sí mismas, los que efectivamente no experimentarían si dieran el pecho á sus criaturas, á las que exponen también á muchos perjuicios de cuerpo y alma, por entregarlas á unas nodrizas asalariadas, más atentas á su interés que al de sus amos; y por último, obran contra lo mandado por Dios en sus santas Escrituras, en las que leemos estas terminantes palabras: *Lacto filium* (ECCLES. xxx, 9); cria á tu hijo, da por tí misma leche á tu hijo, y serás su verdadera madre. Poco lo muestran ser las que se contentan con darlos á luz, y luego entregarlos á otros brazos, como si no fueran hijos propios. No se encuentra tal crueldad, ó á lo ménos tal falta de amor, entre las mismas fieras: solamente vemos este abandono en los feos y estólidos avestruces, á los que compara su divina Majestad las mujeres de su pueblo, que no lactan por sí mismas sus criaturas: *Sed et lamie nudaverunt mammam, lactaverunt catulos suos: filia populi mei crudelis, quasi struthio in deserto* (LAMENT. JEREM. iv, 5). Faltan también á esta obligacion aquellos padres y madres que no alimentan, visten y asisten á sus hijos segun su clase, hasta que ellos por sí mismos puedan ganarlo; ó porque los padres se entregan á la ociosidad, ó porque malgastan su patrimonio en juegos, embriagueces, lascivias, toros, comedias ú otras locuras. Últimamente, por abreviar, faltan á este amor, y pecan aquellos padres que constriñen á sus hijos á tomar estado contrario á su voluntad y vocacion.

Por exceso faltan también muchos padres; y esto acontece, cuando por el demasiado amor que tienen á sus hijos, les dan cuantos

gustos quieren, y les dejan salir con cuanto se les antoja, aún cuando sea contra la ley santísima de Dios. Oíd las espantosas palabras del Señor á semejanças padres: *Qui amat filium aut filiam super me, non est me dignus* (MATT. X. 37): no es digno de mi amistad y de mi gracia el que ama á su hijo ó su hija más que á mí. ¡Oh, cuántas veces el desordenado amor de los padres para con sus hijos ha sido su más cruel verdugo! ¿Quién quitó la vida á Agripina, madre del emperador Neron, sinó su amor immoderado á su cruel hijo? *Interficiat, inquit, modo imperet*: me han asegurado hombres sábios, dijo aquella infeliz, que mi hijo me mandará matar, si llega á ser emperador: nada importa; reine él, y más que mate á su madre. Así lo quiso, así le sucedió. ¿Quién quitó la vida á muchas mujeres cartaginesas, cuando sus hijos marcharon á la tercera guerra púnica? Su extraordinario amor, que fué tan excesivo y desordenado, que al verles dar la vela y salir las embarcaciones del puerto, se precipitaron en el mar y perecieron infelizmente.

¿Pues qué, direis, no hemos de amar tiernamente á nuestros hijos? No permita Dios, amados míos, que yo os dispense de tan gran de obligación. Todo lo contrario: os exhorto á que los améis más y mejor que los amais. Oíd á S. Agustín: *Si male amaveris, tunc odisti; si bene oderis, tunc amasti* (AGUST. TRACT. LI IN JOANN). Si aborreces bien á tus hijos, entónces los amas; si los amas mal, entónces los aborreces. ¡Grande y maravillosa sentencia! mas por lo mismo no comprendereis acaso todos su profundidad. Es lo mismo que si dijera: si aborrecierais en vuestros hijos el orgullo, la altivez, la desobediencia, la vanidad, las palabras indecentes, las acciones provocativas, los trajes immodestos y la ociosidad, como su mayor peste, entónces verdaderamente los amaría, porque los deseabais limpios de pecado y de toda especie mala: *Si bene oderis, tunc amasti*. Pero, porque vosotros, trocando los frenos, en vez de amar las virtudes en vuestros hijos, amais en ellos la disolucion, el desca- ro, la falta de subordinación á los superiores, la de cortesía para con sus iguales, y la de bondad para con sus inferiores; ved ahí cómo los aborrecéis, y no os amaros bien y ordenadamente: *Si male amaveris, tunc odisti*. Amad pues á vuestros hijos con un amor razo- nable, con un amor prudente, con un amor sobrenatural y perfecto, como Dios lo manda; y así los ganareis, aborreciendo á quienes perdeis amando.

2. La segunda obligación de los padres para con sus hijos es la de instruirlos en el santo temor de Dios y en las buenas costumbres. ¡Oh, padres y madres! si en alguna ocasion debiera yo tener la lengua

de los ángeles, y que mis palabras salieran de mi boca abrasadas en el fuego del divino amor, es sin duda en esta ocasion en que debo deciros, que desde que los niños empiezan á soltar la lengua en aquellas balbucientes y mal pronunciadas palabras, comienza en vosotros esta grave obligación. Cuéntase de un hombre, que con gran trabajo, y repitiéndolo innumerables veces, enseñó á un ave que tenía á pronunciar estas palabras: *Ave, César, vencedor*. Volvió pues César á Roma, y entró en ella con grande majestad y triunfo por haber ganado varias batallas; y saliéndole al encuentro el hombre con su avecilla, ésta levantó la voz, y pronunció tan á tiempo la saluta- cion que le habian enseñado, que llegó á los oídos del César, quien regocijado por aquella alabanza, mandó premiar magníficamente al dueño por el cuidado que habia puesto en enseñarla. Pues ¿cuál será el premio, oh padres y madres de familia, que os dará el Rey de los reyes y Señor de los señores, por el cuidado que pusiereis en enseñar á vuestros tiernos hijos á saludar á su divina Majestad, y pronunciar los dulcísimos nombres de Jesús y de María santísima su madre? Si aquel hombre tanto trabajó por un premio temporal, ¿cuánto debereis vosotros afanaros por un premio eterno? Si aquel emperador terreno tanto se regocijó al oír sus alabanzas en la boca de una inocente ave- cilla, ¿cuánto se alegrarán Jesús y María al escuchar sus alabanzas en la boca de una criatura pura é inocente, en cuya alma resplandece la gracia del Espíritu santo? Pero ¿qué premio podrán esperar aquellos padres y madres, que en vez de enseñar á temer á Dios á sus niños, les enseñan á temer al coco, al duende, á las brujas, siendo estas despreciables ridiculeces las primeras ideas que les dan de cuanto existe? ¿Qué cristianos irreprehensibles, qué honrados ciudadanos pen- sais sacar de unas criaturas, á quienes las primeras lecciones que les dais son la mentira, el embuste y la ridiculez? ¿Ignorais que vuestras más tiernas criaturas son susceptibles de las pasiones, y que mani- fiestan con la mayor claridad el miedo, la ira, la venganza, la envidia y otras muchas? ¿No advertís cómo guardan, retiran y esconden el pan, ó un dulce, ó la fruta, cuando se lo mandais dar á otro? ¿No echais de ver cómo se irritan cuando se lo quitais, y cómo con sus tiernas manecillas procuran vengarse, revolviéndose contra quien los tiene en sus brazos? ¿No conocéis como se entristecen, cuando acarician á otro, cuando le adornan, y á él no? ¡Ah, que estudiáis muy poco en dirigir rectamente los primeros movimientos de las pasiones en vuestros hijos! Es la educacion obra de todo un padre, y de un padre sólidamente ilustrado y profundamente cristiano. No esperéis al uso de la razon en vuestros hijos; ántes, ántes de ese tiempo es

menester encaminar aquellas máquinas (dejádmelas llamar así, pues hablamos de un tiempo en que no saben usar de la razón ni de la fe) ántes debeis conducirlas por la senda de la generosidad, enseñándoles á dar pronta y alegremente cualquiera cosa que tengan en las manos, sea comestible, ó no lo sea; por el camino de la compasión, enseñándoles á dar limosna á los pobres, como que son sus mismos semejantes; por la senda de la paciencia, enseñándoles á contentarse con lo poco que hasta á la verdadera necesidad, y ese poco recibido de la mano de sus padres; conduciéndolos, últimamente, por el camino de la firmeza y valor, para que desprecien los cocos, los duendes y otras simplezas como éstas, aspirando á lo grande, á lo heroico, á lo magnánimamente virtuoso. Sembrad en sus inocentes almas estas preciosas semillas de las virtudes, aunque os parezca demasiado temprano; ellas producirán á su tiempo copiosos frutos, y jamás olvidarán estas primeras lecciones, aún cuando los desórdenes de la juventud y los malos ejemplos lleguen á extraviarlos en adelante; su memoria será bastante para arrancarlos del alma y volverlos al bien que en el principio escucharon.

Y si de esta manera debeis proceder con vuestros niños ántes del uso de la razón, ¿con cuánta mayor atención debereis instruirlos desde que esta hermosa luz empieza á iluminar sus almas? Luego, luego debeis procurar que hagan actos de fé, esperanza y caridad, para cumplir esta obligacion que tiene todo hombre racional de creer, esperar, amar, reconocer, servir y adorar el sér eterno de Dios, que nos crió de la nada y nos mantiene con su adorable providencia: debeis hacerles aprender la doctrina cristiana, para que sepan no solo los puntos de fe ó dogmas que debemos creer, sino también las verdades de las costumbres que debemos practicar; el persignarse, el Padre nuestro, el Ave Maria, la Salve, el Credo, los Mandamientos de Dios y de la santa Iglesia, y los Sacramentos, especialmente los que ha de recibir en breve, como son el de la Penitencia y Eucaristia; qué disposiciones piden, qué efectos causan; cómo se forma el dolor de los pecados, á quién se pide, cómo se alcanza; de qué cosas se hace el examen de conciencia; quién está en el adorable Sacramento del altar, y cómo se dan gracias despues de haberle recibido. Debeis procurar darles todas las más bellas ideas que os sean posibles, de la creacion del mundo, de la redencion del género humano, de la admirable conservacion de todas las cosas, de su vocacion al cristianismo, de la necesidad de la divina gracia, de la fealdad de la culpa y del agradecimiento que debemos mostrar á las continuas y estupendas misericordias del Señor, siendo veraces, benignos, humildes, huma-

nos, laboriosos, benéficos, modestos, mansos, prudentes, justos, templados, cástos é irreprochables; inspirándoles un horror y aborrecimiento grande á la ociosidad, como á maestra de todos los vicios, azote de todas las virtudes, peste de todos los reinos y ruina de todas las buenas costumbres; enseñándoles á leer, escribir y contar, y aquel arte ú oficio á que tengan inclinacion y sean á propósito para aprenderlo, siguiendo los pasos á la naturaleza y acompañándola con la razón y la fe.

¡Ay de los padres y madres que piensan haber instruido suficientemente á sus hijos, dándoles un maestro de baile ó de música, y enseñándoles á presentarse con despejo en las concurrencias! ¡Ay de ellos, si omiten el cuidado y enseñanza que llevamos insinuado, y si no procuran auxiliar sus propias luces con las de buenos maestros, que acaben de perfeccionar la grande obra que ellos han empezado!

3. El buen ejemplo es el punto más importante para la buena educacion de los hijos. Sin él, todas las más bellas instrucciones se inutilizan, el amor se pierde y ellos se empeoran con las correcciones y castigos. El ejemplo de los padres ha sido en todos los siglos el más poderoso estímulo para la conducta de los hijos. El grande Matatías, estando para morir, no halló otro más á propósito para inflamar el corazon de sus hijos, los famosos Macabeos, y llenarlos de aquel valor, que fueron despues el espanto de todos sus enemigos (I. MACC. II, 51). Acordaos, oh amados hijos míos, les dijo el venerable anciano, poned delante de vuestros ojos las grandes acciones de vuestros padres; imitadlas, y conseguireis una gran gloria y un nombre eterno. ¿No veis cómo Abrahan fué hallado fiel en el tiempo de la tribulacion, y lo fué dada como de justicia una retribucion eterna? ¿No veis cómo José, en medio de su angustia, observó el mandamiento de Dios, que le constituyó despues señor de Egipto, en cuyas cárceles habia estado preso? ¿No veis cómo Finees adquirió un sacerdocio eterno por su ardiente celo de la gloria del Señor? ¿No advertis cómo Caleb, David, Elías, Daniel y otros muchos de vuestros progenitores, se hicieron gloriosos por sus acciones ilustres? Por tanto, hijos míos, á la vista de tan grandes ejemplares de vuestros padres, cobrad ánimo y pelead gloriosamente por la ley de nuestro Dios, que os hará felices eternamente.

Este enérgico razonamiento de aquel buen padre produjo en sus hijos todo su efecto, pues ni la poesia más ingeniosa llegó jamás á inventar victorias más ilustres que las que efectivamente consiguieron los Macabeos. Tan grande es, oh padres de familia, la fuerza del ejemplo en vosotros, que hasta el mismo Dios humanado, nuestro amable

Salvador, no se vale de otro argumento para convencer á los jüdicos de que no eran hijos de Abraham, pues no hacían sus obras, ni imitaban sus acciones; sino que eran hijos del demonio, á quien imitaban en obrar mal, procurando el homicidio y fraguando el engaño (Joan. viii, 39 et 44). Esta pura, santa y divina doctrina está fundada sobre la verdad eterna de Dios, y se deduce tambien de los inmutables principios de la naturaleza. Son los hijos los ramos del árbol de la familia, cuya raíz y tronco son los padres: si la raíz es santa, santos serán los ramos (Ad rom. xi, 16); si el tronco está viciado, los frutos participarán necesariamente de aquella original malignidad. El árbol malo no puede llevar fruto bueno, dice el Señor en su Evangelio. Los hijos tienen en sí mismos las pasiones mismas de sus padres; experimentan los mismos apetitos, las mismas inclinaciones: si ven á sus padres que se dejan arrastrar de ellas, ellos harán lo mismo; pero si advierten que sus padres resisten á sus pasiones y entrenan sus apetitos, esto mismo harán los hijos. Estos, por lo común, *faciunt quod vident*, piensan como sus padres, hablan como sus padres, obran como sus padres. Si éstos viven entregados á una vergonzosa ociosidad, sin cultivar sus haciendas, sin reparar sus casas, sin asistir á su taller, ¿saldrán laboriosos y aplicados al trabajo sus hijos? Si su padre es un jugador, que malgasta su patrimonio en los juegos de suerte, tantas veces prohibidos por las leyes de la Iglesia y los decretos de los principes, ¿aprenderá el hijo á obedecer á las leyes del soberano, respetará las determinaciones santas de la Iglesia, y huirá de los juegos, como ruina de los caudales, estrago de las costumbres y perdición de las casas? Si su padre es un bebedor que derrite su jornal en la taberna, que vuelve tarde á su casa por las noches, y entónces cayéndose por el exceso del vino; que prorumpie en palabras descompuestas, en maldiciones escandalosas y maltrata inhumanamente á su pobre mujer; ¿aprenderán los hijos á respetar á su madre, aborrecerán la embriaguez y detestarán las palabras torpes, como corruptoras de las buenas costumbres? ¡Ay, Dios mío! en breve el hijo será con semejantes malos ejemplos un haragan, un jugador, un borracho, un maldiciente, un escandaloso.

Si una madre es amante de la vanidad, si gusta de seguir las modas del mundo, aún cuando por su corte, su hechura ó su preciosidad, sean los vestidos ruinosos á las costumbres y perjudiciales á las casas; ¿vestirán las hijas con modestia? Si la madre gusta de cortejos, concurre al teatro, se presenta en el baile, asiste á las romerías, á los toros, á los novillos, decidme, respondedme con ingenuidad; ¿la hija, en el verdor de su edad, en la mayor lozanta de las pasiones,

aborrecerá todos estos desórdenes, huirá de todos estos peligros, vivirá en retiro y honestidad, observando la solemne renuncia que hizo en el santo bautismo de todas estas pompas del mundo? ¡Ay, que no! ay, que no! *Qualis mater, talis filia* (Eccles. xvi, 44), dice el Espíritu Santo; como fuere la madre, será la hija.

4. Y si despues de todos vuestros cuidados, si despues de todas vuestras diligencias en instruirlos con la doctrina y edificarlos con los más ilustres ejemplos de las virtudes, todavía la rebeldia de vuestros hijos resiste y se deja arrastrar de las pasiones, es menester dar la última mano á vuestra obra con el prudente y moderado castigo. Esta es una obligacion que os impone el Espíritu Santo, cuando dice: *Tunde latera ejus, dum infans est*; cuando vuestro hijo está en la infancia, cuando es tiernecillo y delicado, entónces le habeis de aplicar el castigo proporcionado á su debilidad. Y ¿por qué tan presto? por qué en tan tiernos años? *Ne forte induret*, dice el mismo Espíritu Santo; porque no se endurezca con la edad, y entónces ni te crea, ni te respete, y solo pueda servirte para darte pesadumbres: *Et non credat tibi, et erit tibi dolor animæ* (Eccles. xxx, 12). Esta verdad divina vemos cada día demostrada en los árboles y otras plantas: cuando un arbolito está tierno, cuando se halla recién plantado, con un poco de fuerza se le inclina hácia donde se quiere, y con muy corto trabajo se le hace tomar la figura que se le quiere dar; pero en robusteciéndose, en echando profundas raíces, ya esto no es posible: más presto se rompe que dobla. Por esta poderosa razon manda su Majestad á los padres de familia, que apliquen el castigo á sus hijos desde la infancia. Por eso nos dice tambien el Señor: el que omite el castigo, aborrece á su hijo: *Qui pareit virgæ, odit filium suum* (Prov. xiii, 24). ¡Oh, cuántos hijos no hubieran terminado tristemente su vida en una horea, si sus padres á los primeros hurtillos los hubieran debidamente castigado! ¡Cuántas hijas no hubieran sido la peste y escándalo de los pueblos por sus desenvolturas, si á las primeras acciones inmodestas las hubieran castigado sus madres! ¡Ah! ¡qué consecuencias tan funestas para los padres y madres omisos en esta grande obligacion!

Toda la dificultad consiste en que el castigo sea oportuno, y sea moderado: un castigo fuera de tiempo, de nada sirve, y un castigo inmoderado, más irrita y desespera que aprovecha. De dos modos pueden pecar los padres contra esta obligacion; el primero por exceso, y el segundo por defecto. No pretendo seais tan indolentes y omisos como el sumo sacerdote Heli, que por no castigar los desórdenes de sus hijos, fué muerto repentinamente; pero tampoco quiero seais

tan crueles como Herodes, que por unas ligeras sospechas, encarceló y quitó la vida á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro. Es menester conocer cuidadosamente el genio de vuestros hijos: sin esta previa noticia, que la considero de suma importancia, jamás será el castigo oportuno ni moderado. Si el genio de vuestros hijos es tierno, dulce, pacífico y afectuoso, una mirada severa será bastante: todo otro castigo lo tengo por supérfluo. Su mismo temperamento, inclinado naturalmente á la piedad, les dará en rostro con su defecto; la vista severa y como enojada de sus padres los llenará de rubor, y esto es bastante castigo para ellos. Si el genio de vuestros hijos es impetuoso y atolondrado, que obra sin reflexion y sin prudencia, pero tambien sin malicia, suspended el castigo hasta que hayan pasado aquellos primeros movimientos de su atolondramiento, y entónces usad de la correccion; porque si ántes los castigais, se aturdirán cada vez más, con nada acertarán, y ni ellos sabrán lo que hacen, ni por qué los castigais. Si el genio de vuestros hijos es soberbio, arrebatado y colérico, que á la manera de un relámpago se inflama y enciende en un instante, dejad apagar un poco aquella llama, no los castigues vosotros encolerizados, haceldes conocer primero su defecto, y aplicadles despues el conveniente castigo. Tal vez un vestido humilde y roto, el negarles el almuerzo ó la merienda en aquel día, ó prohibirles la diversion con los otros niños, será el castigo más sensible para ellos, y el más provechoso. Si su genio fuese tímido, débil, cobarde y espantadizo, pienso que el mejor remedio de sus defectos seria proponerles un premio de los que más les gustan, si en toda una semana no cometen la misma falta. Acaso por este medio podria conseguirse el sacarlos de su timidez y cobardia, y proporcionarlos para acciones nobles é importantes. Si el genio de vuestro hijos fuese taciturno, redomado, traidor, que se complace en hacer daño á los otros niños, en contar chismes, en hurtar cosillas de corta entidad, y que mira con tédio y con horror todo ejercicio de virtud, os compadezco de verdad, padres de familias, pues criais en vuestra casa unos verdugos de vuestra vejez, si con el más severo castigo no amoldais aquel temperamento fatal y aquella mala indole de vuestros hijos, que empieza en su niñez á descubrirse con señales tan funestas de su malignidad. En suma, hermanos míos, el castigo ó la correccion deben ser proporcionados á los delitos, y aplicados oportuna y prudentemente, despues de conocido el genio, el temperamento y la complexion natural de vuestras criaturas: de otro modo todo es perdido: ni el castigo viene á tiempo, ni es proporcionado al delito, ni se aplica con aquella serenidad y entereza que conviene, sinó con un furor y una

rabia que escandalizan y empeoran en vez de aprovechar. La correccion y el castigo ha de ser segun Dios, dice el apóstol S. Pablo, no segun el impetu y el furor de las pasiones. ¡Oh! quiera la divina Majestad, que vosotros, de hoy en adelante, de tal suerte proporcionéis el castigo, que consigais con él la enmienda de vuestros hijos, no vuestra venganza. Que de tal manera os presentéis delante de ellos, que seais el más ilustre modelo y el ejemplar más perfecto de todas las virtudes; que de tal modo los enseñeis, que salgan instruidos en los preceptos de la divina ley y en las obligaciones de todo hombre de bien; y que, finalmente, de tal suerte los améis, que no los perdais eternamente, sinó que los ganeis para Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu santo vive y reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

PADRES.

(SUS DEBERES.)

II.

Cred. dit ipse, et domus ejus tota.
Creyó él y toda su familia.

(JOAN. IV. 53.)

El primer deber de una cabeza de familia que concibió el designio de servir á Dios, es procurar que este soberano Señor sea servido por todos los que de él dependen; y no puede trabajar con utilidad en su salvacion, si no conduce por el mismo camino por donde él vá á los que la divina Providencia confió á su cuidado. Asi vemos en la Escritura, que cuando elogia á aquellos padres y aquellos amos que se distinguieron por su fe y su piedad, los considera casi siempre acompañados de sus hijos y de sus domésticos. Si habla de Abraham y de Sara, hace al propio tiempo mencion de Isaac: si habla de la madre de Samuel, comprende en ella á este digno hijo: si publica las virtu-